

Reseña

# *Siempre han hablado de nosotras*

*Najat El Hachmi*  
*de Jean Díaz-Guijarro Hayes*



| **Jean Díaz-Guijarro Hayes**

*“No estaba preparada para el escenario actual en el que las chicas más jóvenes, en vez de unirse a la lucha contra el machismo imperante, se suman al adoctrinamiento religioso y adoptan versiones reaccionarias que buscan frenar el progreso de las mujeres”*

No hay mejor carta de presentación para Najat El Hachmi que su biografía. Su trayectoria vital ha moldeado, desde la infancia, su lucha por la libertad y la igualdad como mujer. En 1987, a los ocho años, se trasladó desde su Nador natal, en Marruecos, a Vic, Barcelona, donde su padre, inmigrante, ya residía.

La lucha de El Hachmi está determinada por su experiencia, y ello se refleja en su ensayo, a veces con un tono de incredulidad e impotencia. Mujer educada en la cultura musulmana, feminista y escritora, nos invita a reflexionar sobre cómo, bajo los ropajes de la modernidad, el patriarcado sigue presente. Lejos de haberse debilitado, recurre a estrategias más sofisticadas y seductoras para imponernos sus “normas rancias”.



*“¿En qué momento el debate feminista pasó de centrarse en los mecanismos de discriminación, de señalarlos y denunciarlos, a ser una disputa por la representatividad?”*

La autora, que tras grandes esfuerzos y costes personales asegura que se ha acostumbrado a recibir críticas del orden establecido, admite que “no estaba preparada para el escenario actual en el que las chicas más jóvenes, en vez de unirse a la lucha contra el machismo imperante, se suman al adoctrinamiento religioso y adoptan versiones reaccionarias que buscan frenar el progreso de las mujeres”. Tampoco puede creer el giro de la izquierda, que en los últimos tiempos ha caído en la trampa del relativismo cultural y ha comenzado a reivindicar de forma acrítica aquello de lo que muchas mujeres huyeron y por lo que han pagaron un precio muy alto.

Estos dos aspectos generan un profundo desgarró en la visión universalista del feminismo de Najat El Hachmi, quien se pregunta: “¿En qué momento el debate feminista pasó de centrarse en los mecanismos de discriminación, de señalarlos y denunciarlos, a ser una disputa por la representatividad?”

Como explica El Hachmi, las mujeres musulmanas “no fuimos plenamente conscientes de nuestra identidad islámica hasta que reclamamos nuestros derechos como mujeres, pues, como decía justamente Rosa Luxemburgo, el que no se mueve no nota las cadenas”. Fue en ese momento, al intentar mejorar su situación frente a los hombres dentro de su propia cultura, cuando descubrieron que muchas de las formas de dominación que perpetúan la sumisión se presentan hoy bajo la apariencia de identidad. Una individualidad que se impone a las mujeres como bandera, pero que exige a los hombres. ¿Por qué, si la religión se presenta como una identidad que debe reivindicarse con orgullo, ellas deben llevar el pañuelo mientras ellos no tienen ninguna obligación equivalente? En una cita de la autora marroquí: “¿Por qué ellos no deben exhibir su identidad allí donde van? Pues porque ellos son hombres y tú no”.



*“Es una verdad obvia y muy repetida, pero sigue estando vigente: sin educación no hay libertad”*

Aunque ahora se presente el islam como inmutable, El Hachmi recuerda que el rigor que hoy se exige a las mujeres no siempre fue el mismo. De hecho, cuando llegó a nuestro país, en los ochenta y noventa, el velo se llevaba de otra forma. Solo se exigía a las mujeres casadas y se combinaba de forma mucho más relajada, con colores vistosos y otras prendas de vestir. “El pañuelo no era un corsé estricto ni tenía la función de ocultar por completo un elemento tan importante de la individualidad como es el cabello. Asomaba entre las telas estampadas y alegres, y nadie se escandalizaba.”

Más tarde, la influencia de corrientes mucho más estrictas del islam se extendió por nuestro país, financiadas por teocracias como Arabia Saudí y los países del Golfo. Uno de los principales focos de difusión fue el Centro Cultural Islámico de Madrid, conocido como la Mezquita de la M-30, y con ello proliferó la creación de nuevos oratorios con dicha orientación. “Ahora el pañuelo ya no se anudaba despreocupadamente bajo el mentón (...). Ahora debía ser una contención rígida que no dejara escapar ni un solo cabello, ni un solo mechón. Debía enmarcar con precisión el óvalo del rostro y cerrarse bien tirante debajo de la barbilla. Así comenzó la era del imperdible, un invento muy occidental.”



*“El Hachmi las describe como un fenómeno natural entre los jóvenes provenientes de familias inmigrantes.”*

Para El Hachmi, el instrumento de la educación es el más poderoso de todos, el más revolucionario. “Es una verdad obvia y muy repetida, pero sigue estando vigente: sin educación no hay libertad.”

En su reflexión sobre las crisis de identidad, El Hachmi las describe como un fenómeno natural entre los jóvenes provenientes de familias inmigrantes, algo que ella misma vivió. En el caso de la inmigración marroquí, el islam forma parte, obviamente, de sus orígenes. Sin embargo, resultó que el elemento religioso, al ser el que más curiosidad y preocupación causaba en la sociedad de acogida y coincidir con la difusión del islamismo, se convirtió en un componente identitario, eclipsando a todos los demás:

*“Si sufro una crisis de identidad y me sirven en bandeja un discurso bien construido que satisface mis inquietudes, es evidente que hay muchas posibilidades de que lo compre a ciegas.”*

La autora considera que “no es algo espontáneo que chicos y chicas necesiten articular su identidad en función de sus creencias. La identidad se configura alrededor de muchas otras cuestiones, y las creencias son solo eso, creencias, cosas que pensamos, no cosas que nos definen. Creer en Dios es algo que hago, no lo que soy.”

El Hachmi lanza, desde su perplejidad, una pregunta clave: “¿En qué momento la izquierda ha dejado de ser laica para convertirse en confesional?” y más adelante constata: “En realidad, esta es otra forma de racismo: condescendencia y paternalismo hacia el otro.”

La igualdad, la no discriminación y la libertad dejan de ser temas prioritarios cuando aparece en escena lo diferente. Además, se añade la confesionalidad como argumento para legitimar el



machismo. El Hachmi denuncia la hipocresía a la hora de utilizar de dos varas distintas de medir para juzgar las intromisiones de los grupos religiosos en las libertades de las mujeres, dependiendo de si se trata de los autóctonos o de aquellos que se reafirman como portadores de la otredad identitaria: “La izquierda que defiende la separación entre Estado y religión para los autóctonos y la pone en duda cuando se trata de los otros juega con fuego en lo que a la noción de ciudadanía se refiere. La separación es imprescindible para garantizar los derechos y las libertades de las personas, independientemente de la religión que profesen”, escribe El Hachmi.

Sobre determinadas corrientes del feminismo actual, El Hachmi no disimula su estupor y decepción, a la vez que declara su gratitud a las muchas mujeres solidarias que la ayudaron en su camino hacia la emancipación:

*“Me sorprendió mucho descubrir por primera vez que la validez del discurso feminista no era aplicable a cualquier realidad, a cualquier lugar, a cualquier mujer.”*

El respeto a la diversidad, para ella, consistiría en ser solidarias y extender a todas las mujeres las conquistas conseguidas mediante las luchas en todos los ámbitos.

**Al relativizar los derechos de las mujeres, estas corrientes, que permiten que se les procese a través del filtro de la identidad,**

bajo el que pasan a ocupar un espacio secundario, lo que harían en realidad es “resistirse al feminismo en sí, no a la dominación del grupo hegemónico”. En esencia: “La interseccionalidad que a menudo defienden no hace más que sepultar el vector de género bajo los demás vectores”.



Se compara el islam con otros vectores, como la negritud, que nada tienen que ver, y se colocan como equivalentes, al mismo nivel: “Equiparamos el pañuelo con el pelo afro y la negritud con la religión, sin recordar que el islam es una estructura de dominación en sí misma”. Y, sobre la paradoja de la libre elección del pañuelo, al aludir a la presión sobre la estética corporal de las mujeres occidentales, que suele contraponerse al uso del mismo, El Hachmi reflexiona sobre cómo **“en Instagram abundan las hiyabistas, mujeres que se retratan sin parar con sus pañuelos colocados con precisión. Abrazan lo peor de la modernidad líquida y virtual, el narcisismo, pero obvian el significado del símbolo que ostentan.”**

*“El debate sobre cómo combinar derechos humanos y diversidad hace mucho tiempo que está presente en la teoría y práctica feministas.”*

El ensayo de Najat El Hachmi tiene como eje la defensa de la universalidad de los derechos humanos, de base kantiana, que parte de la igualdad de todos los seres humanos en cuanto a sus derechos más básicos, con independencia de lo que hoy se entiende como identidades particulares o grupales. Sin duda, el hecho de que contenidos como el de este texto susciten, en algunos sectores, críticas furibundas, como las surgidas al ser elegida la autora pregonera de las fiestas de la Mercè en Barcelona en 2023, nos hace plantear la fragilidad de posiciones que considerábamos firmemente afianzadas en la defensa de los derechos humanos y, muy especialmente, del feminismo.

El debate sobre cómo combinar derechos humanos y diversidad hace mucho tiempo que está presente en la teoría y práctica feministas. No podemos, por otro lado, olvidar que el patriarcado siempre trata de subordinar a las mujeres para sus objetivos y está presente en todas las culturas. Y que, ahora más que nunca, tenemos que tener presente que no hay conquista ganada que se sustente sin defenderla y que no hay logro que se obtenga sin luchar. Y, para ello, la unidad de las mujeres es siempre el mejor camino.